

Noche de enero

Federico Gabriel Espinosa Moreno



Ediciones Frenéticos Danzantes

Noche de enero

Federico Gabriel Espinosa Moreno

Noche de enero

Federico Gabriel Espinosa Moreno

Ediciones Frenéticos Danzantes

Facebook: Ediciones Frenéticos Danzantes

IG: <https://www.instagram.com/edicionesfreneticos/>
www.edicionesfrenetico4.wixsite.com/freneticosdanzantes

edicionesfreneticosdanzantes@gmail.com

Arte de tapa: Marina Klein

Imagen de tapa: Marina Klein

Primera edición mayo de 2020

Publicada por Ediciones Frenéticos Danzantes

Impreso en Ediciones Frenéticos Danzantes -Talleres propios -

Impreso en Argentina.

Licencia Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada
(by-nc-nd)



A mamá y Valle Pacheco: Dos formas de la ternura.

Con afecto a Francisco Hernández y Juan José Medina.

“Cualquier pasión o fe sirven a la felicidad en la medida en que son capaces de distraernos, en la medida de la inconsciencia que puedan darnos.”

La Vida breve.

Juan Carlos Onetti

Pala y arena

<<Me duele una mujer en todo el cuerpo>> citó mientras el sudor descendía por la piel pegajosa como una vertiente de ira que encontrara nido en su propia desesperación. Trabajando, trabajando en verano: clavando la pala en el montón de arena, esfuerzo y cansancio, levantándola para descargarla en la batea del camión.

Durante la siesta el sol cruzó el cielo tal cual un tajo furioso que partiera anhelos de ceniza; las hojas de los naranjos permanecían quietas, asfixiadas, hasta las sombras parecían estar agotadas y transpiradas.

Así, en ese silencio de fatiga y rencor, envuelto en mosquitos, detuvo los movimientos mecánicos para encender un cigarrillo. El chofer del camión lo miró mal o eso creyó Bruno. De todas formas continuó fumando en la quietud de la siesta, deprimido, odiando al conductor porque lo único que hacía era manejar y estar sentado mientras él reventaba su cuerpo por un par de billetes.

Recordó el pensamiento de esa plaza de pueblo, el aire fresco de montaña, el cuerpo de una mujer dibujándose en la oscura madrugada, aclarándose en el amanecer, los dos juntos bajo un cielo brumoso y silencioso. <<Tenía sus manos, tenía sus labios, tenía su piel. Hay evidencias de su piel en todo mi cuerpo. Pero en ese silencio de pueblo las horas castigan lo que no dije y debería haber dicho, dejé que las caricias me sedaran y olvidé lo más importante: diferenciar lo que fue de lo que ya no es>>.

A las seis de la tarde, en verano, el ocaso

demora su participación en Puerto Heredia, en cualquier parte. Cortinas extensas de luz incinerando las calles de tierra de zona La Fonda, levantando el vapor como un aire nocivo que debía respirarse se quisiera o no. Sudado, hastiado, Bruno regresaba a su casa sabiendo que ya no creía en el descanso, las noches largas lo apretaban en el zumbido inútil del ventilador y la oscuridad caía sobre él como una persona que no podía abrazar, que estaba ahí, cerca, nunca tan lejana. <<Las horas pasan conmigo quieto sobre la cama, sin deseos de levantarme a buscar refugio en los libros, en el cigarrillo, en el mate; quieto y triste, añorando una antigua forma de la ternura, queriendo darle un nombre, un olor, un significado. Siempre llega el amanecer, el maldito amanecer con sus promesas y sus fracasos, otra vez el trabajo, otra vez la sensación de estar un velorio y verla ahí, ya sin ser quien era>>.

El comedor, ese idiota comedor, inútil y limpio, paredes celestes olvidadas de manchas de humedad, el piso de baldosas

coloradas, sofocantes de tantas pisadas. Estuvo quieto, imperceptible, queriendo atrapar en el silencio los sonidos que tal vez estuvieran ahí, dando vueltas como mariposas negras que buscaran molestar, ensuciar. <<Y si yo llegara a tocar un sonido, una mariposa, seguramente morirían en mis manos callosas y vencidas como un saco de basura. Pero nada escuchó, nada atrapo, nada invento en esta casa de jaula>> pensó y siguió camino a su habitación, sabiendo que la hermana debía estar trabajando, aguantando el llanto hasta regresar y entonces deshacerse en lágrimas. “Mamá, hija de puta, te fuiste y me dejaste a cargo de todo. Perdiste tu vida y me quitaste la mía sin siquiera pensar en mi futuro”. Bruno escucharía, como siempre, tales palabras y sentiría, como siempre, culpa y resignación ante lo inevitable. Pero él también tuvo que dejar cosas, sus lecturas infinitas, la protección de su habitación, ponerse a trabajar para terminar de tocar fondo o mejor dicho, ser consciente de que estaba en el fondo.

Se sentó sobre la cama, los brazos cortos y flacos asentados en el pantalón manchado de arena, un mosquito rodeaba su mejilla derecha, pero no había deseos de desaparecerlo. Prendió un cigarrillo, soltó el humo gris en línea recta, abatido, sin ilusiones de creer que algo podía mejorar. La fue amoldando, despacio, dolorosamente fue tallando su cabello rubio, la piel blanca, la nariz ancha, los ojitos de perro color miel; el cuerpo pequeño, flaco, frágil, el andar cansado de una persona que ha entendido que su ciclo está cumplido. “Mamá, ¿No vas a comer?” nunca había respuesta, tirada en la cama, agobiada, los ojos ocultos en la almohada para no ver todo aquello que le repugnaba. “Mamá, ¿No vas a dormir? A veces la noche no tiene respuestas, no vale la pena” pero ella continuaba mirando la pared, jorobada, seguramente sin voz para expresarse, seguramente diagramando su final, el final de todo, esa nada absolutamente inexplicable.

Entró en la ducha, tibia, las gotas empapando lo que quedaba de su cuerpo. Pasó el jabón por la piel como si quisiera arrancársela, exterminarla, está claro que el cuerpo humano por sí solo no tiene valor, imperfecto, siempre primitivo. Sin toalla, todavía mojado, parado frente al espejo ovalado de su habitación, contemplándose: el cabello castaño endurecido, los ojos decaídos, tristes, las costillas marcadas, el miembro colgante y chico, sin oportunidad de ofrecer placer. <<Me dolía la memoria, me dolían los ojos, me dolía el espejo en que me miré. Habían hecho harapos mi amor y mi cordura>> citó y fue a sentarse, desnudo, sobre la cama. Dejó que el calor secase su humanidad achicharrada, inservible, jugó con el cigarrillo en sus dedos hasta que decidió prenderlo sin mucha motivación. Buscando, entendiendo que en esa búsqueda no había consuelo posible, armó los diálogos de un recuerdo inventado (como todo recuerdo al fin y al cabo) hace tiempo; la escenografía que se amoldara a su tristeza, desesperación, los olores que lo deposita-

ran en aquel pueblo de pinos y montañas, la sensación de una noche impensada.

—Yo te sueño, como mínimo, tres veces por semana—dijo ella—. Lo charlé con psicólogos, con amigos, y no puedo. Necesitaba hablarte esta noche, era ahora o nunca.

Comenzaba a hacer frío, el efecto del alcohol abandonaba los cuerpos consumidos por la música, el desconcierto, ese desastre que suele llamarse fiesta.

—Yo tampoco te olvidé—dijo Bruno mirándola, buscando los ojos oscuros, la mirada que salva y condena—. Lo que pasó hace diez años fue complejo, cosas no dichas, oportunidades perdidas... después me fui y en la distancia no encontré paz.

Suspiró, un crujir de vidrios rotos en su respiración, las sonrisas cruzadas en el viento, la comodidad amarga de creer en la eternidad.

—Yo estuve con otras chicas, sí—retomó Bruno, olvidado de mentiras y verdades, sedando una vida que venía bastante mal—. Pero duró poco, nada, jamás volví a sentir lo que sentí por vos. No pude, no quise tal vez.

—Estuve de novia—dijo ella, con pena, dolida—y estaba con ese chico y sentía culpa porque te seguía soñando. Soñaba que necesitaba decirte todo esto y justo en el momento de hablar despertaba y ya me sentía mal.

Bruno la abrazó, se abrazaron, ella se dejó abrazar, besar el cuello y sentir un perfume que jamás podría recuperar. Nuevamente buscó su mirada y la encontró brillante, cerca de las lágrimas, como alguien que ha despertado después de un largo sueño.

—No llores—dijo y la acarició despacio, tierno—... yo te amo, no llores.

—Te voy a mostrar algo—sacó su billetera con dibujitos, la abrió y extrajo un papel de antaño, doblado, firme en la memoria—. Esto me escribiste vos hace diez años, no me lo diste vos, me lo dio otra persona.

Bruno tuvo en sus manos el papelito, sin poder creer, negándose a creer que una tarde antes de ir a gimnasia escribió todo eso y se lo entregó a Sol para que ella misma le entregara a Keila. Lo abrió, “Se t’ olvidó que sin ti el cielo no puedo mirar” ese mamarracho había escrito, con amor es cierto, pero después de todo mamarracho. La besó, con inseguridad, con temor de una negativa, pero ella lo dejó avanzar con los labios en una madrugada que rozaba el amanecer, fresco, impensado, no anhelado por ninguno de los dos.

Remerita negra, gastada de tantas lavadas, arrugada como el pantalón de jean y las zapatillas sucias. La luna ya era eco en la noche, chamuscada en el calor del cielo, abrasada en las estrellas titilantes pegadas

al alquitrán despejado. Avanzó sin apuro, inseguro y cansado en sus pasos, deprimido al ver las casas mal construidas, los grupos de muchachos bebiendo y escuchando música fuerte, molesta, que no deja conversar con uno mismo a menos que se esté borracho. Pensó en la infancia, aquellas tardes en que regresaba de la escuela y la patota de niños abandonados lo insultaba, lo detenían sin permiso y a menudo lo golpeaban. Entonces, en algún entonces, lloraba frente a su mamá y su mamá (todavía con fuerzas) salía a regañar a los niños mendigos. Pero cada día era lo mismo, cada año, sin fuerzas para defenderse de los atropellos. <<Comencé a sentir que no había salida y, de hecho, no la había. Tuve que refugiarme en los libros, en la imaginación, pensar mientras recibía los golpes que en casa me esperaban Tomatis y Horacio Barco, sin rencores, consciente de que en la zona estaría mejor>>.

Dos postes custodiaban las rejas negras, apenas una luz tenue caía de sus focos, la suficiente como para proyectar la sombra desgarbada de Bruno en el pavimento de la calle Gerardo Aguirre. Golpeó las manos con fuerza exagerada, sabiendo que había posibilidades de no ver, que estaba desacomodado y lejano, que las visitas eran inútiles cuando se tenía odio y envidia. Pero ella, Keila Haroun, salió de su casa con remerita blanca, pantalón de cuero negro, zapatillas blancas. Sin embargo, Bruno no vio nada de eso, fulminó su mirada en el cabello negro, la piel blanca, los ojitos redondos y oscuros.

<<Nada se ha detenido, todo es imaginación, todo sigue su curso, todos estamos perdiendo algo. La veo, pero sigo perdiendo, nada está inmóvil>>.

—Holis—dijo Keila, mostrando una sonrisa atroz.

—Hola—dijo Bruno fingiendo una sonrisa, pero no estaba sonriendo, estaba esti-

rando las comisuras. Bastaba fijarse en sus ojos brillosos, empañados de calor y pena, la inmundicia de ver lo que no se desea.

—Cómo estás, che?—Keila lo abrazó tenuemente, formal, tocando la piel sudada de una manera distinta a los recuerdos— Tanto tiempo, te desapareces vos.

<<No desaparezco, creeme que no desaparezco, simplemente me encierro intentando crear un poco de amor, de olor, de significado a mi ternura hecha añicos>>.

—Todo bien—dijo Bruno evitando los ojos de Keila, dos puntitos oscuros, separados por un sinfín de idealizaciones, de fantasías, de madrugadas sin respuestas, sin querer encontrarlas acaso— ¿Vos? ¿Todo bien?

—Sí, bien—dijo con su vocecita de pájaro enjaulado, chillona, aguda— ... embolada porque hizo un calor terrible y no pude ir al río. Bah, en realidad me clavé, me acosté a dormir y supuestamente era dor-

mir un ratito pero me desperté a las siete. Mis amigos me reventaron el celular a llamadas.

<<Ir al río, vencer con esa textura de la felicidad el calor insoportable que hizo durante el día. Ir al río, beber cerveza mientras cuentan chistes y ríen olvidados del absurdo que los rodea, o quizás siendo conscientes del absurdo y por eso contando chistes, para vencerlo, para sobreponerse. Y yo trabajando, soportando resignado al inmundo chofer del camión, pala y arena, pala y arena>> pensó y a su alrededor no pasaba nada, nunca pasa nada. El calor ciñéndose a los cuerpos, al aire imperceptible, de tanto en tanto un coche cruzaba veloz la calle sombría.

— ¿Qué contás? — dijo Keila para romper con un silencio de minutos, para decir algo en la noche triste y abandonada de enero — Sigue haciendo calor, che.

— Y nada — suspiró Bruno.

—Nada...—miró la vereda, sonrió, levantó la vista que nada significaba—Nunca tenés nada para contar, sin embargo, estoy segura de que pensás mucho.

<<Desorientado, escuchando lo que dice y mezclando su voz con otras frases, mías o del recuerdo. Quizás espera que diga algo en base a lo que dijo, pero qué voy a decir, nada para decir. Está esperando que me vaya para volver al alivio del aire acondicionado, a su vida sin mí, no me va a invitar a pasar para cebar mates>> sacó un cigarrillo, lo acarició un momento, luego lo encendió y soltó el humo en dirección contraria al cuerpo de Keila.

—Contame algo—dijo entristecido, avergonzado de sí mismo, rencoroso en sus ojos nublados, llevándose el cigarrillo a los labios para disimular el temblor de las manos, los nervios injustificados.

—Qué contarte, tantas cosas, me pasaron muchas cosas lindas en estos días. Conocí un chico, ya venimos hablando hace tiem-

po, me gusta, me gusta mucho. Estudia ingeniería en sistema, es agradable, buen conversador, seguro de sí mismo, me respeta y lo respeto. La otra vez estábamos en Confitería La Hora y bueno... me comentó todo lo que siente por mí, lo hizo de una manera dulce y tierna, sin exagerar emocionalmente, las palabras justas, los sentimientos justos. Y bueno eso, me gusta y en cualquier momento vamos a ser novios.

Pensó que podía sentir su respiración, como si fuera posible identificarla de esa manera, creyendo en el amor adoctrinado, confundido en su salvajismo y contradicción. El aire vino de golpe, inhalaba y exhalaba el vapor chocante, miró a Keila de lleno, sin titubeos... <<Me encuentro angustiado, irritable, con aires de violencia. La veo y es como si partiera una copa con mis propias manos; sangre, dolor, sin consuelos ni abrazos>> se dijo y de pronto forjó, sin esfuerzo, la noche de lluvia que tuvo lugar en Puerto Heredia la semana pasada: gotas cayendo furiosas so-

bre el patio, el viento las hacía danzar sin coreografía. Salió y se dejó mojar por completo, levantó las manos para lavarse e inventar la felicidad en un pueblo que no conoció nunca, que ahora formaba parte de sus recuerdos, que es un sueño recurrente y la piel absorbiendo la lluvia, estaba deprimido y solo bajo un cielo furioso, arrodillado y sin piedad, la noche de lluvia en que pudo llorar y hundirse en el agua.

—Bueno me voy—dijo repentinamente, bruto.

— ¿Qué pasó?—dijo Keila aparentemente preocupada.

—Nada, me voy—la besó en la mejilla, el perfume irrecuperable, la tristeza que habría de convertirse en recuerdo, en variables de un posible recuerdo.

Dejó la calle Gerardo Aguirre para adentrarse nuevamente en zona La Fonda, oscura, de tierra, caliente, desesperanzada.

Miró el cielo, esa sábana sudada y negra que terminaba por tragarse la luna y las estrellas, no había nada, nada que pudiera explicarse. <<Novio, novia, definiciones de un pretexto llamado amor, que invento, abrazo, pierdo y nuevamente en la nada, no pasa nada. Pala y arena, mañana pala y arena. En el calor, en la siesta, en esa melancolía que justifico una y otra vez hasta estar quieto, inmóvil, inventando, consumido y vencido>> se sentó en el bar de Juárez, primero pidió una cerveza y después no, quería un vaso de vino tinto, negruzco como la noche, insufrible como el llanto de su hermana que resucitaba sin cesar a la madre muerta.

Alguien canta

Después de tantas noches en la terraza, sentado en la silla playera, esperando que la amargura de enero lo abandonara. Mirando el andar tranquilo de los vecinos, cenando en las veredas llenas de verano, imaginando sus conversaciones, sus dichas y derrotas. Nadie sabía, no podían, que un muchachito triste los observaba con invención para soportar su propia mirada. Pero, en las madrugadas difíciles, sin consuelos, traía a su mente el sueño de Sofía. El cuerpo pequeño, blanco, pelo castaño, ojos miopes; el ambiente resignado a la separación, los intentos por evitar lo ya consumado. "Solo se ama una vez, la primera vez; lo demás es el recuerdo de haber amado" le dijo y ella no hizo menos

que sonreír, sin vuelta atrás, por compromiso, burlona e indiferente.

<<La escuché suspirar, olvidada, pensando en otras cosas que nada tenían que ver con ese aire de despedida, de última cerveza. Levanté los brazos, perezoso, ya estaba comenzando a darle forma a los recuerdos>>.

Después de tantos días encerrado, apretado en el aire acondicionado y ese silencio amenazante que lo separaba de la madre. Los almuerzos en los que ella lanzaba el plato, bruscamente, como una manera de protesta; y luego, ya ebria por el vino blanco, la pregunta “¿Qué pensás hacer este año?”. Entonces ocultarse a las siestas en el despacho, cansado de los reproches y la fugacidad, contemplando a través de la ventana la calle del barrio Muedra: anegada de sol, de aire estancado, de olores pegajosos. Sintiendo, no sin tristeza, que el verano carecía de colores, marchito en el cielo, el pavimento aplastado, las casas abandonadas de voces.

Después de tanto salió a la calle en una noche que nada prometía, todavía caliente, silenciosa por las vacaciones de enero. Fue abandonando lentamente las calles del barrio, mal iluminadas, internándose en avenida Del Valle con un cigarrillo que temblaba entre sus dedos, notando sin disgusto que en cada esquina había un aroma a despedida, voces que se alejaban como un sueño al abrir los ojos. <<No pasa nada. Si bien ese poste cuyo foco de luz choca violentamente contra las ramas del naranjo extendiendo una sombra larga que cruza la calle y muere en la pared de enfrente, si bien esa imagen me trae besos imprecisos y abrazos que imploraban eternidad, no pasa nada>> pensó inmóvil en las sombras, moviendo la cabeza como si alguien pudiera aparecer para reclamarle algo, esperando el embiste, sonriendo en la tristeza de saberse solo.

<<Yo soy un pobre muchacho que inventa, fabrica, para aguantar, seguir, con lo que por sí solo no tiene sentido>> se dijo y retomó la caminata por Damontes Es-

quivel, cruzando por el consultorio del mítico doctor Gustavo Barreras, las oficinas del diario Primera Plana donde trabajaba antes de ahogarse en la depresión el periodista Lorenzo Alfaro. Abrazando a esos personajes que alguna vez hicieron algo para no aburrirse, como todo el mundo, buscando ser más que una perspectiva débil. Pasó por plaza 14 de julio, se detuvo ante la estatua del ángel y la vio llena de polvo y grafitis, sonrió ante el atrevimiento de los jóvenes de Puerto Heredia que entristecidos por una atmósfera de encierro salían a dañar la propiedad pública, incapaces de hacer otra cosa. Se acercó a la vidriera de Confitería La Hora, un par de hombres conversaban entre sueños, una pareja se sonreía y parecían estar llenos de promesas. En una mesa del rincón se vio en un tiempo imposible de ubicar, la última vez que la vio, que sintió que la vio, hablando cuando ya nada había por decirse. << ¿Por qué no? Recrearla una y otra vez, si duele demasiado, como una de las tantas formas que puede tener la resignación. Olvidar no es

enterrar, sino tener presente y hacer algo con eso>>.

Dobló por calle Carrasco, mirando sin pensar en nada concreto las vidrieras que lucían maniqués con ropa, electrodomésticos, su reflejo desaliñado pegándose en el cristal y avanzando como un muerto que no sabe qué buscar. <<Lo que es, cómo son mis días. Tengo un arranque y salgo a la calle, veloz, camino unas cuadras y ya estoy deprimido y sin piedad, sin ternura que me salve, sin sensación de alguna vez, de alguna vez fui tierno>> se dijo ya con la intención clara de ir a casa de Joaquín, que seguramente estaba despierto pensando en su pueblo, recreándolo, angustiado.

Golpeó la puerta con exagerada ansiedad, el eco resonó en la calle Defensores, creyó escuchar unos pasos en la esquina, sin asustarse, esperando lo peor. Joaquín Villagra atendió, puso una cara de sorpresa al ver a Jonás parado ahí, sonriente y triste en la noche de verano.

— Eh — dijo Joaquín.

— ¿No me vas a invitar a pasar? — dijo Jonás y prendió un cigarrillo — Sos mal educado, che.

— Pase al patio amigo. No lo esperaba. Nunca espero a nadie.

Entró en ese patio pequeño, triste, sonámbulo, iluminado por una luz que daba el aspecto de cansada, débil. <<Esto es lo más parecido a una despedida>> pensó Jonás y solo entonces notó que había otro en el patio. Gordo y difuso en la noche calurosa, silencioso, como si no supiera que él estaba ahí, sin saludar.

— Hola, Jonás — dijo Jonás estirando el brazo flaco, inseguro.

— Eh, no te vi — dijo el otro con un tono de voz potente — . Maxi, Maxi Cuevas.

Jonás se sentó en la silla de plástico, respirando el calor, levantando la vista hacia el

cielo como si pudiera ver algo, una luna partida y sus fragmentos de estrellas. <<Oh, mi dolor, agudo, una vocecita que no deja de cantar>> pensó y prendió un cigarrillo, dio una pitada honda, soltó el humo y recordó una mañana, lejana, como de sueño. <<Amanecía, recuerdo que amanecía. Un resplandor tibio ingresando por la ventana e iluminando los muebles. Salí de la cama, prendí un cigarrillo y de pronto quebré la pieza con un llanto. Supe, sin rencores, que estaba pensando en muchas cosas, apenas despertaba y ya estaba pensando en muchas cosas>>.

— ¿Te cebo un mate? — preguntó Joaquín.

— No se pregunta, pelotudo — sonrió Jonás.

— Pero vos no me estás entendiendo — dijo Maxi, casi que gritando —, no, seguro no me estás entendiendo. Porque vos debés estar pensando que no me quiere, y si me quiere, yo estoy seguro de que me quiere. Pero lo que pasa es que vos no la conocés

y ya das por sentado que está en otra y que no quiere nada conmigo. Yo le mandé varios mensajes de texto y los que me respondió me respondió bien, sin decirme ni sí ni no, pero dejando lugar para el sí. Es cierto que la invité varias veces a que salgamos y hablemos y siempre dijo que no podía, pero yo lo entiendo porque ella es estudiante y está estudiando. Aparte, si me pongo a ver, como te decía hace un rato, mejor para mi vocación si no quiere nada conmigo, que no es el caso, aunque ciertamente yo tampoco estoy seguro de querer algo con ella por el tema de mi vocación, si Dios quiere eso para mí yo tengo que obedecer a Dios.

Joaquín suspiró, paciente, cansado, chupó la bombilla hasta sentir el ronquido del mate. Piadoso, amargado, sacó un cigarrillo y lo encendió con deliberada lentitud, expulsó el humo gesticulando con la boca, queriendo hacer circulitos, fracasando.

—Nunca dije que no te quería, jamás— dijo moviendo una mano—. Simplemente

dije que hace dos semanas que no te contesta y que eso es algo para revisar. Tampoco le vas a estar mandando mensajes todos los días como venís haciendo. Por otra parte, y citándote, sos un hombre de Dios, según vos querés entregarte totalmente a Dios y cómo es que la estás jodiendo a la pobre chica esta, Ana.

Jonás vio la yerba húmeda, las burbujitas, rico mate amargo en madrugadas penosas. No entendía nada de lo que estaban hablando, no le importaba, quería tomar mate y fumar, reinventarse.

<<La historia me consume, abre mi pecho con un tajo profundo y puedo respirar. El aire adquiere un significado, denso, juvenil. Puerto Heredia cobra voz propia, va dejando sus ecos en cada esquina, también puede respirar y ser respirada>>.

—Uh— dijo Maxi—, no estás entendiendo. Te digo que ella sí me quiere, nada más que está con sus cosas y por el momento no puede tener nada, no hace falta que me

lo diga para darme cuenta. Y yo también estoy en mis cosas, estoy en mi discernimiento, tengo que ver cuándo voy a los monjes de Ciudad Capital, no, yo también estoy en mis cosas. Pasa que le mando mensajes para saber cómo está, y ella no puede contestar porque está en sus cosas. No hay nada que revisar sino entender, cosa que vos no estás haciendo, hace horas que estamos hablando y no entendés nada.

— ¿Y para qué me hablás si no entiendo nada?—dijo Joaquín levantando ambos brazos.

—Para ver si entendías—dijo disgustado.

De la calle llegaban ladridos de perros, ruidos de chapas lejanas, aisladamente el rumor de un coche. <<Perder. Perder el tiempo en el que se lo vivió, perder el rostro, la voz, los olores. Se pierde todo. Después vienen las recreaciones, inexactas, punzantes>> pensó Jonás jorobándose en la silla, olvidado, triste. A veces duele de-

masiado, se escapa y hay murmullos constantes que impiden la tranquilidad de toda aceptación. <<Tengo una cara blanca, borrosa, imposible describir su fisonomía tal cual es, entonces ya no la tengo. Recuerdo o creo recordar que usaba un perfume fabuloso, ya no lo puedo oler y en el caso de sentir un aroma, y que en ese caso yo tenga la imagen (¿cierta o inventada?) de una tarde de plaza, no puedo asegurar que ese es el perfume que recuerdo o creo recordar>>.

— Me voy, che — dijo Maxi levantándose, la panza sobresaliendo la remera —. Se me hizo tarde.

Despidió a Jonás con un apretón débil de manos, miró hacia los costados como si hubiera alguien más, no había nadie, no pasaba nada.

— ¿De dónde lo sacaste? — preguntó Jonás Salvio buscando salvarse, pensar en otras cosas.

—Fui a comprar cigarrillos en el drugstore—dijo Joaquín negando con la cabeza—y me lo encontré. Después me siguió hasta acá y ya no me quedó otra más que recibirlo.

—Te hacía pensando, recreando, al pueblo—prendió un cigarrillo—. A tus amigos de allá, al tal Gabriel Matos, tu mamá, esas cosas.

—No vuelvo más allá—dijo Joaquín—y, sin embargo, estoy allá. Este Maxi está mal, como todos, solo que a él se le van las cosas de una manera extraña. No recuerdo bien en que año le diagnosticaron esquizofrenia, creo que venía de sufrir un delirio místico. Él desde chico estuvo metido en las cosas de la iglesia como se dice, era monaguillo y en sus tiempos, por lo que me contaron, era bien pintudo y las chicas únicamente iban a misa para verlo a él. Después empezó a crecer, a sentir eso del llamado de Dios como le dicen, seguramente entonces se le empezaron a pudrir las cosas, a salir lo que ya estaba

incubado. Consideraba pecado escuchar bandas como Alice in Chains, Nirvana, una vez quemó todos sus discos de lo que él consideraba música pagana. Anduvo un largo tiempo sin hablar, quiero decir que callaba para no decir eso que llaman malas palabras, para evitar ensuciarse, una cosa así. También veía muchos videos de exorcismos, jodía mucho con el diablo, que el enemigo nos acechaba todo el tiempo. Maxi de la cruz le decía la juventud de Puerto Heredia para burlarse. Hasta que un día fue a un retiro espiritual y se terminó de chiflar, dicen que se puso a gritar, que estaba poseído y lo terminaron internando y anduvo mucho tiempo sedado, la gente de la ciudad creía que estaba perdido para siempre. Y ahora no trabaja aunque tiene expectativas de trabajar, tiene períodos en los que está tirado en la cama y después se levanta de golpe con ideas de que tal chica lo quiere y resulta que quizás no lo quieren, o cree que lo van a recibir en un convento para que sea monje o sacerdote. Duele, una cosa triste, pero bueno, todos condenados de una

manera u otra.

— ¿Y vos cómo sabés todo eso?— preguntó Jonás, desafiante.

— No importa— dijo Joaquín y prendió un cigarrillo—, lo sé y ya. Te lo conté, qué más querés.

Cruzó los brazos, la madrugada amenazaba con acabarse, ciertos tintes grises resonaban en el cielo profundo, o daba la apariencia de profundidad. <<Y es ahí que puedo sentir, más bien aproximarme, oler apenas, a la paz. Recuerdos inútiles, empañados y vivaces en el silencio>> pensó Jonás sin cansancio, sin esfuerzo, acomodándose en la silla para seguir hablando o intentando hablar.

— ¿Te enteraste lo que pasó en la fiambrería de calle Libertador?— dijo Jonás jugando con el cigarrillo apagado entre sus dedos.

— ¿Qué pasó? — dijo Joaquín sonriendo.

— ¿Cómo no te vas a enterar? Toda la ciudad está hablando de eso, salió en el diario, no, no puede ser.

— No salgo de casa salvo para comprar cigarrillos. No comencé a estudiar. Estuve todo el día tirado en la cama escuchando el zumbido monótono del ventilador que no refresca nada. Pensando o intentando pensar, pero guardado ahí, donde nada me toca.

— Pasó a la mañana. En la fiambrería trabajan el padre y el hijo, y ciertamente el padre algún día se iba a enterar, los rumores en una ciudad chica son complicados. Enamorados o simplemente calientes con la misma mujer, entonces pasó.

— ¿Qué pasó?

— Cebame un mate y te sigo contando.

Desacomodado

*Te toco,
y te deshacés.*

Había algo que nos unía por sobre todas las otras cosas. Nada era tan importante como eso. Ambos veníamos de Puerto Heredia. Compartíamos la atmósfera asfixiada, el silencio solemne de las calles, los naranjos infinitos, ese atardecer que encierra la ciudad en una cúpula de malestar; entonces la gente parece detenerse, quedan sonámbulos, los rostros se desfigurán y los cuerpos parecen sacos tristes y grises. Por eso decidió hablarme cuando escuchó en los pasillos de la facultad que

yo venía de Puerto Heredia, que teníamos que charlar, que sus ojos claros y el pelo rubio me atraparon desde un primer momento. Me contó que era fotógrafa, que la facultad era un pretexto para que sus padres le enviaran dinero y así poder llevar una vida sin otra obligación que la de beber en bares, tener sexo, olvidarse de esos andares que marcan pautas y conductas, modos de vestir, sin variantes más que la resignación. Me es inútil establecer un tiempo, ahora estoy fuera del tiempo, fuera de todo, no quiero saber nada. Me enamoré de Florencia y estoy seguro de que ella también se enamoró de mí. <<Yo no te quiero, yo te amo. Y es por eso que nunca vamos a ser novios, a formalizar algo que perdería toda su razón de ser si lo encasillamos y lo ponemos en un cuadrito orgullosos de lo que formamos o logramos como si fuera un título universitario>> lo dijo y es que a ella le gustaba tener sexo con muchos hombres y mujeres, no tan solo conmigo, era su manera de fingirse la felicidad. Pero yo sí estaba con ella, a veces, en mi departamento de

calle Quintana después de reír y hacer el amor, fumar marihuana y beber hasta el hartazgo. Hizo, sin saber, mucho por mí. Entre tantas cosas que me dio la que más valoro fue el entender que siempre somos seres individuales, incluso estando juntos, que podíamos compartir mundos brevemente, antes de sentirnos invadidos. Yo tenía esa sensación de ventana que se abre a la noche, no era lo mismo ser parte, vivir ahí, a que me invitara cuando no había nadie. La veía dormir, o por lo menos tenía los ojos cerrados, entonces pensaba que ella estaba en otra parte, bien lejos y distante. Me excitaba, agarraba un papel, lo asentaba sobre su piel y comenzaba a escribir así, despacio, escribiendo en ella. Había también tiempos de separación. Pasaban meses sin verla, sin saber de ella, sin que tuviera ganas de verme y sin que eso estuviera mal. ¿Dolía? Sí, dolía. Pero sabía que sobreponerme a mi dolor era más importante que quitarle su esencia, su visión, todo lo que a mí me encantaba y que de enjaularlo se volvería un pájaro triste. Tenía la certeza de que en algún

momento la iba a encontrar y juntos jugar nuevamente al placer de sabernos. Una vez me tomó de la mano en el centro, inexplicablemente. ¿Una forma de la felicidad? Su mano, mi mano, sus dedos, mis dedos, entrelazados. Se podía construir algo a partir de eso. Bueno. Me tomó de la mano y comenzamos a correr idiotamente chocando personas, haciendo que los autos frenaran de golpe. No me hacía falta pensar para descubrir que nadie miraba a esos tontitos amarse sin prisas, con espacios. Ya no he de tener nada. Ahora tengo que reinventar todo lo que conozco, dotarlos de nuevos sentidos, mirar de otra manera, incluso soñar de otra manera. Pero no tengo ganas, no las quiero tener acaso. Yo recuerdo, quizás invento, quizás combino, para darle a mi mirada un poco de fuerza ante eso que va a borrarse, eso que pronto me va a parecer un sueño ajeno.

Hay una mañana en la que desperté con un mensaje que me informaba sobre la muerte de Florencia. Sí, un mensaje, un

simple e inútil mensaje informándome sobre la muerte de a quien yo creía en mis brazos. Un tipo, un pija corta, un hombre que no tiene visión ni perspectivas de nada y por eso va a romper las visiones ajenas. Un tipo la violó y no conforme con someterla la estranguló hasta la muerte y no conforme con nada de eso la abandonó en la ruta 44. Las autoridades todavía investigan, quién sabe hace cuánto, todavía no hay nada. Hice mierda todos los platos que encontré, saqué mi ropa del placar y rompí varias remeras, sin entender nada, sin querer entender y negándome todo, una pesadilla, ya iba a despertar y sentir el alivio, pero el tema es que nunca despierto. No fui al velorio, no tenía sentido verla apagada, siendo cualquier cosa menos ella, mucho menos viajar a Puerto Heredia para ver el sufrimiento de los padres, la pena exagerada de los vecinos. Pasé mucho tiempo tirado sobre la cama, sin hacer nada más que recrear y llorar, dejando que el departamento se pudriera y que esos mosquitos pequeños empezaran a ser visitantes corrientes. Me levanté

y no para hacer mucho, para seguir en decadencia, cada día iba a los bares de Ciudad Capital y me emborrachaba hasta volver por la calle gritando algunos versos de Pizarnik, los que recordaba, los que mi tristeza me permitía citar. Algunas veces encontraba a los compañeros de la facultad que me abrazaban y trataban con pena, a lo mejor con amor, yo estaba con ellos en la misma mesa pero sin escuchar nada de lo que hablaban, o escuchando sin que me importara. Desacomodado, extranjero entre conocidos, desorientado en los edificios y las veredas angostas, cosa común largarme a llorar de repente en cualquier bar sin importar la cantidad de gente que estuviera ahí, llorar hasta que un mozo con fingida amabilidad pedía que me retirara. Entonces ir a una vinoteca, comprar tres botellas de vino tinto y gaseosa y seguir bebiendo en el balcón, la mirada empañada viendo las luces de la ciudad titilar y titilar hasta que el amanecer las extinguía con un soplido. Cada vez más lejos, cada vez más lejos. Ni siquiera el llamado constante de mis padres puede

acercarme, devolverme a una historia que rechazo con brutalidad. <<Esteban ¿Cómo andás? ¿Qué tal la facultad? ¿Cuándo vas a venir?>> nada, no respondía nada. Dejé de ir a la facultad y me gasto toda la plata que me mandan en alcohol y cigarrillos, ya ni como, no me interesa comer. Re podrido me tienen mis viejos con sus llamadas desde una ciudad que detesto por ser como es, porque todos los que viven ahí no hacen más que inventarse historias para luchar contra el aburrimiento y un cielo que los aplasta. Ya ni recuerdo cuando fue la última vez que la vi, típico de los recuerdos, te toco y te deshacés en la neblina entabacada, en mi voz de pañuelo empapado y el aroma nauseabundo del departamento opaca cualquier perfume que yo le pueda inventar a tu piel.

Arruinado, estoy arruinado, lo que pasó ayer no hizo más que confirmar. Fui a una fiesta que organizan los chicos de la facultad para todos aquellos que no salieron de vacaciones en enero. Me enteré porque estaba tomando en un bar de avenida

Cristóbal y aparecieron unos tipos que no reconocí y me invitaron. Confundido, idiota, sabiendo que lo mejor era seguir bebiendo solo, pero también sabiendo que lo mejor no es una opción, decidí si es que se puede llamar decisión a cualquier cosa que yo haga en este momento, decidí que iba a ir. Tambaleante, apagado en el alumbrado público, iba pateando todas las naranjas que encontraba en la vereda y en una de esas le pego a un hombre que estaba sentando en unos escalones, no lo vi, nunca veo nada. << ¿Qué te pasa?>> me dijo sin bronca, sin rencores, <<Perdón>> atiné a decir mientras luchaba por mantener el equilibrio, <<Lo que te pasa es que estás hecho pelota. Estás caminando pero en realidad estás tendido en el suelo esperando que venga alguien y te lleve>> se levantó y se fue, una jauría de perros lo seguía y yo sentí deseos de empezar a insultarlo, de odiarlo como si lo conociera. De ser un tipo que saludaba a todo el mundo, tuviera un buen día o no, a esquivar la mirada de cualquiera que desee fijar un contacto fugaz, comple-

tamente inservible. Llegué a la casa en cuestión y no había nada, quiero decir que pasaba lo típico: luces, música fuerte y mareas de personas reunidas en círculos. Entré y tuve la sensación de que me desprendía de mi tristeza, la arrancaba de la piel y se la iba dando a cada chico y chica; me pareció verlos abatidos, hablando despacio y sonriendo como si no quisieran sonreír, los que bailaban daban la impresión de ser títeres movidos por otras manos, sin pasión, sin nada que los motivara a seguir el ritmo de una música que destrozaba los oídos. Fui hasta la barra y compré un vaso de cerveza, me propuse a modo de luchar contra el hastío terminar el vaso en tres sorbos, y eso hice hasta que no me quedó más opción que ir a devolver en el baño arrodillado en el inodoro mientras todo giraba y giraba. Será por eso que cuando salí creí verla, nítida entre las luces verdes y rojas, sonriendo con sus ojos claros y mezclando con una mano el pelo rubio, una costumbre que tenía Florencia. Desde luego que me acerqué como pude y ya no era, ésta tenía el pelo negro

y los ojos oscuros, rojizos por la marihuana. Pero yo empecé a hablarle, a contarle todo lo que había sucedido, seguramente me emocioné y lloré. Quise explicarle que antes de verla la vi a Florencia y que de lo contrario jamás me habría acercado. A todo esto ella no hacía más que decirme <<Ah, ajá>> mientras seguía en su nube, en su espacio de sedación. Debe ser en ese momento que intenté besarla y por respuesta recibí un empujón, <<No estás entendiendo. Antes de verte la vi a ella. Tiene que pasar>> algo así le dije y volví a intentar besarla y ver si podíamos ir a otro sitio y desnudarla y sentir nuevamente algo parecido a la ternura. Recibí una cachetada, insultos, quedé solo y repleto de rabia. Inmediatamente compré un vodka con no sé qué y lo bebí en tres sorbos, y después lo mismo con un segundo, ya todo el entorno estaba opacado por una inmensa niebla, todo giraba en círculos y yo no tenía más que romper ese círculo. Había unos tipos hablando en ronda, fui e insulté a sus madres al tiempo que los empujaba violentamente y sentí

unos manotazos de los cuales, flaco zaparrastroso, intenté defenderme. Pronto vino uno de los que cuidaban la fiesta y me tiró a la calle sin piedad, sin preguntar por qué tanta incoherencia. Volví al departamento llorando, imaginando charlas que nunca voy a tener con ella, tirándome de lleno en la cama para descubrir al día siguiente que me gasté toda la plata y que hasta que no me manden dinero voy a estar sobrio, sin ganas de hablar a alguien para que me pague un trago, me convide un cigarrillo. Larga es la noche cuando se está sobrio y abandonado. Quisiera que me amaras esta noche, donde soy enterrado por una amargura delirante. La noche se hace eterna, ya no quiero escribir, no tengo piel sobre la cual escribir.

Noche de enero

Miró la calle, el esqueleto extenso de naranjos, postes de luz. Sonrió con tristeza y dulzura, no iba a pasar ningún auto a esas horas y mucho menos en verano, pero algo oscuro lo hizo creer que podía suceder. La luna, tal vez, punto inexacto y luminoso en el cielo límpido. Había que caminar, sintiendo, pensando, que la situación en casa estaba podrida, caduca. La madre dijo que tenía dos semanas para encontrar trabajo o de lo contrario tendría que marcharse. Él, Jonás Salvio, no tan solo pensaba en encontrar trabajo sino que también planeaba cobrar el primer sueldo y mudarse, vivir solo, morir solo. <<Pero no prestarme quinientos pesos. Seco, aburri-

do y con calor>> pensó, inmóvil, en una esquina desnuda de pasiones y reencuentros imposibles.

Acomodó las manos en los bolsillos del jean, a paso lento avanzó por Defensores mirando las casas mudas como labios suturados, absorbiendo el aire caliente y perezoso de enero, todo sucio de polvo por la sequía. <<Ya no sé qué tengo. Pedazos, oscuros, palabras sueltas en diversos papeles húmedos. Tengo, tener, qué tenemos que no se vuelva confuso y olvidadizo>> se dijo y vio a un hombre, tambaleante, oscilando entre la vereda y la calle. Acortó la cuadra que los separaba, quedó a unos pasos, el hombre tenía mal olor y la ropa ajada, además lo seguían dos perros. En un momento se detuvo, sin equilibrio, intentando mediante gestos incomprensibles correr a los perros que, ante la amenaza, simplemente cruzaron de vereda. “¡Ah!” se quejó el hombre mirando el cielo vacío, negando con la cabeza, retomando la inestable caminata. Imagino que estuvo bebiendo vino barato

en algún descampado de zona La Fonda, que está sin dinero, que ni siquiera sabe que está caminando, que está penando.

<<En esta ciudad el que no termina borracho termina inventando pelotudeces. Se crea lo posible basándonos en lo imposible, lo que quisimos hacer y no hicimos, lo que pudo ser y no fue>>.

El hombre tomó asiento en un banco de la plaza Kafka, oscurecido repentinamente por las sombras de los palos borrachos. Distráido, anhelando no perder, Jonás se acercó al hombre, se paró en frente de él y lo miró desde arriba con una sonrisa.

— ¿Qué pasa, maestro?— dijo Jonás y prendió un cigarrillo.

El hombre lo observó extrañado, afectado en los ojos amarillos, la cara sucia y el leve bamboleo del cuerpo. Levantó dos dedos indicando que deseaba un cigarrillo, Salvo lo convidó e incluso le encendió el pucho. Eran los únicos en la plaza.

—No se quieren acercar los perros—Jonás señaló la vereda de enfrente, desde donde los animales observaban la situación.

—No sé...—dijo una pitada y soltó el humo entornando los ojos— no sé para qué me quieren.

—No tendrán más que hacer—dijo Jonás mirando las ramas quietas, sin aire, oscuras—. De todas formas, se lo ve bastante mal.

—Esto es una desdicha—largó el hombre inclinándose hacia adelante y atrás—, yo no soporto nada. Prestame unos pesitos para comprar un vino, no tengo nada.

—Seco, aburrido y con calor—dijo Jonás mirando el club Sporting, ahí debían estar jugando al truco, entabacando las paredes naranjas con cuadros de ciudades de Europa—. Me acerqué a usted no por piedad, más bien para no perder la distracción, que es difícil de conseguir en estos días.

El hombre volvió a levantar los dedos pidiendo otro cigarrillo. Jonás sacó uno del paquete, lo encendió y soltó el humo en dirección al poste de luz.

—No hay más cigarrillos para usted—Salvio sonrió cansado—. Y después de este paquete, hasta nuevo aviso, tampoco lo habrá para mí.

—Mi mujer me corrió—apretó los puños—, con la escoba me corrió y sin darme plata. Yo no puedo dejar de tomar, parece que no aguanta ya, aparte andan todos enojados porque veo una mujer y no me puedo contener. Ahí nomás me bajo la bragueta y empiezo a darle. Yo intento explicar que no puedo parar, pero no entienden.

Colocó ambas palmas en el rostro, despacio empezó a quejarse hasta que fue notorio el llanto, un alarido quebrando la oscuridad de plaza Kafka, incluso los perros cruzaron de vereda para olfatear la situación.

—Nos vemos, maestro—dijo Jonás acercándose al oído del hombre, sintiendo el olor nauseabundo del cuello—. Llore mucho a ver si se lava la mugre que tiene en la cara.

Caminó por la vereda revestida de sombras, imponentes cuadros deformados por su mirada que buscaba escapar, poner un nombre donde solo había desolación. <<Un paquete de cigarrillos que se está terminando, la noche en vela y serena, insomne. Ciertamente hoy podría matarme, lejos, una mancha que abandona el paisaje>> pensó buscando una estrella en el cielo, nada, no había estrellas, la luna lejana e inadmisiblemente opaca, sin claridad. Tomó asiento en un banco de plaza 14 de julio, la plaza principal de Puerto Heredia con sus caminos partidos y los álamos achicharrados por el calor. <<No tengo dinero, estoy triste, solo y, sin embargo, nada está pasando que termine por aplastarme. Quisiera abrazar esta madrugada que no me pertenece, que me tiene caminando y pensando idioteces>> miró

la confitería, lejana según su bolsillo, supo que nada le impedía sentarse y fingir que algo podía dar, que aún era posible cruzar el borde de la resignación y sentirse a salvo.

El interior de la confitería estaba bien iluminado, los cuadros de paisajes resaltaban en las paredes blancas, la banda Mazzy Star sonaba suave, inalcanzable; algunos hombres hablaban del calor y la falta de lluvia, la ansiedad de no dormir. <<Aquí estoy. Sin un peso>> pensó y tomó asiento, intentando alejarse. Un mozo con cara de haber dormitado se acercó para atenderlo, Jonás mintió que estaba esperando a un amigo, que ya iba a pedir. <<Media hora, aunque sea media hora sentado aquí>> se dijo mirando un rincón en el que alguna vez estuvo, pero no, corrió la mirada porque ese sueño recurrente traía grandes problemas. Comenzaba a recrear, a buscar los detalles, la época, el perfume, los ojos, exasperado al entender sin resignación que todo estaba perdido.

Encendió un cigarrillo, soltó una bocanada de humo y en esa nube vio cruzar la doble puerta a Tomás Camacho. Lento, tranquilo, fue acercándose a la mesa sonriendo exageradamente a la figura desaliñada de Jonás.

—Qué casualidad— dijo Tomás corriendo la silla, sin dejar de observar el rostro barbudo y flaco de Salvio.

—En una ciudad chica no hay casualidad— dijo Jonás.

—Ciertamente— dijo Camacho y chistó al mozo que dormitaba tras la barra—. ¿Cómo anda eso?

—Pagame una coca que no tengo plata— sonrió tierno, sin mostrar los dientes amarillos.

— ¿Y qué carajo haces sentado acá?

—Fingiendo.

Camacho pidió una Quilmes fresca y una Coca Cola para Jonás. Estuvieron callados unos minutos, dedicados a sus respectivas bebidas, casi que esperando que el otro hablara.

— ¿No te vas de viaje? — preguntó Jonás y prendió un pucho — La estúpida necesidad de escapar que tenés, como si en otra parte hubiera algo diferente, algo que te fuera a ayudar.

— Me cansé — dijo y bebió un sorbo largo de cerveza —. Rica, che. Tanto ir y venir me terminó de extraviar.

Salvio soltó una carcajada fingida, tenue para que no se notara, decidido a hacer lo que fuera para salvarse.

— Estoy indignado — dijo Camacho soltando lentamente el humo por la nariz —, más que indignado, sorprendido. Ayer no me dejaron entrar a un velorio.

— ¿Sos necrófilo? — volvió a reír, despa-

cio, sabiendo que algo podía rescatarse.

—Los padres de Florencia Rincón, los Rincón, no dejaron entrar a nadie de la ciudad, ni vecinos ni nada, solo ellos dos. Debés saber quién es, salió en el periódico, la chica que fue abusada y estrangulada en Ciudad Capital, que el tipo todavía está suelto. No supieron decirme por qué la prohibición, de manera que me quedé afuera esperando a ver si averiguaba algo y en eso sale Martín, empleado de la sala velatoria y me dice que a la noche nos encontremos en confitería La Hora, que me iba a intentar explicar como venía la mano. Bueno, nos vemos, él con su cerveza y yo con la mía, sentados en la mesita aquella que está en diagonal, si no me fallan los recuerdos, si no estoy inventando un ambiente a mi gusto. Primero me comenta que él es novio de la prima de Florencia, y que la prima le contó a él que los padres estaban muy disgustados con el comportamiento de su única hija, que ellos sabían que vivía de juerga en Ciudad Capital, que tenía sexo con hombres y mujeres,

además de frecuentar ambientes que ellos consideran inapropiados. En Ciudad Capital no hay drama, pero acá, en lo que es Puerto Heredia, nada de eso está aceptado y todo acto trae consigo una valoración moral. Por eso acá ya las grandes familias andaban hablando de que hacía tiempo que no veían a Florencia, que qué pasaba con Florencia, algunos dijeron que la habían visto en Ciudad Capital y en un estado pésimo, imagino que borrachera con aditivos, etcétera. Además, le contó la novia a Martín, que ella vino a Puerto Heredia el año pasado y que lo único que hizo fue discutir con los padres y que éstos decidieron, si ella no cambiaba de actitud, negarle toda ayuda monetaria. Por lo visto se fue, siguió con su vida, un día la mataron y los padres recogieron el cuerpo y ahí, Martín me cuenta que le contó la novia, que la pena de ellos iba por la vergüenza y no porque su hija fuera violada ni estrangulada. Es decir que les importaba más el artículo que salió en el diario en donde se aclaraba que la chica salió de un boliche a las cinco de la maña-

na y que nadie vio con quién se fue, eso les importaba, y según Martín que le dijo la novia que por tales motivos decidieron velarla y enterrarla prácticamente en privado.

Jonás sacó un cigarrillo del paquete de Tomás, se fumó todos los que tenía mientras el otro contaba la versión de Martín.

—Fuiste al velorio— dijo Salvio e hizo una pausa como quien está meditando, frotándose la barba espesa, de semanas—. La conocías, naturalmente. ¿Qué pasó entre ella y vos? Había amor cuando contabas.

—Anduve con Florencia, sí— dijo Tomás sonriendo con expresión melancólica—. Sabés que después de hablar con ella un par de veces, de acostarnos, llegó un punto en que asentaba mi cabeza en su ombligo y descansaba, un momento de paz. No me mirés así, te juro, aunque cuando uno jura sobre un recuerdo tendría que reconocerse miope, mira desde lejos, borroso y pidiendo ayuda a la imaginación. Ya era

así, me confesó varios idilios con mujeres de esta misma ciudad, me dijo que no podíamos ser novios porque no quería encasillar lo nuestro como si fuera un título universitario, cosas así. Un día la voy a buscar a su casa y nada, se había ido, hasta de mi memoria está lejos ya.

Quedaban ellos dos en el interior de la confitería, en silencio compartieron los últimos tragos, tranquilos, entendiendo con piedad que ya habían hecho bastante por la madrugada. <<Pero esto no termina, todavía falta algo>> pensó Jonás.

—Che, préstame quinientos pesos— dijo Salvio—. No tengo un mango, estoy seco, la semana que viene te los devuelvo.

—Va con interés— sacó del bolsillo un fajo de billetes—. Ahora vamos que se hace tarde.

Jonás se guardó el billete en el bolsillo izquierdo, sacó tres cigarrillos del paquete de Camacho y esperó de pie a que pagara la cuenta. Afuera la madrugada era silen-

ciosa, oscura, apenas una brisa fresca movía las hojas de los álamos y los naranjos. Pasaron por Damontes Esquivel y luego comenzaron a bajar por avenida Del Valle. Camacho miró el perfil de Jonás, preguntándose si recordaría aquella noche de invierno que lo cruzó en la calle Gerardo Aguirre, que prácticamente le gritó en el oído y Salvio siguió caminando como sonámbulo hacia zona La Fonda. <<No, qué se va a acordar. Este tipo estaba mal para esas épocas, bastante mal, ni aparecía por el centro. Se iba a jugar toda la noche al truco mientras escuchaba conversaciones intrascendentes que no lo salvaban de nada. Ahora por lo menos su agujero ha de tener una luz, tenue, débil>> pensó Camacho y la entrada al cementerio municipal estaba a la vista, al otro lado de la ruta. Ambos miraron hacia los costados para cruzar, pero sabían que ningún coche pasaría, que todo estaba desierto.

—Hagamos una cosa—dijo Jonás y prendió un cigarrillo—. Vos te vas a la parte

de la izquierda y yo a la derecha. Cuando encontremos la tumba pegamos un grito para que el otro deje de buscar.

—Hecho—suspiró angustiado.

Se dividieron entre los mausoleos, las tumbas simples, alumbrados por los focitos del cementerio. Buscando el nombre perdido entre tantos nombres que no iban a regresar a jamás.

Siluetas ausentes

Era mejor acostarse a dormir, prender el ventilador, apagar los rumores de un día que lo tuvo limpiando pisos y reponiendo mercadería en el supermercado de Carlos Benet. Sí, era mejor que estar sentado en el patio rodeado de paraísos y un naranjo que ya no daba frutos, además de tener la piel asediada por los mosquitos. Sin embargo, prefirió seguir escuchando la conversación y música que llegaba desde la casa vecina, separada por una tapia. “Hoy vas a bailar, Luciana”, “Oh, sabés qué. Rompo el piso”, “Andá sacá hielo de la heladera y comenzá a servir”. Imaginó a las muchachas en una galería bien iluminada, vestidas con short de jean y remeras

por sobre el pupo; la mesa donde pondrían las bebidas estaría en un costado para poder bailar tranquilas en el medio. <<Si me invitan, voy>> pensó Guillermo y diagramó un escenario en el que iba a comprar cigarrillos y justo una de las chicas que fue a comprar chicles lo invitaba a compartir con ellas.

Sonrió en el filo de la noche calurosa, completamente abandonado en el sudor de la piel, sabiendo que podían ser esas vecinas que no conocía las que hicieron la treta. Hace dos días su madre lo llamó a los gritos porque descubrió dos bolsitas atadas con hilo piolín en una de las ramas muertas del naranjo. Las bolsitas contenían dos sapitos sin vida y dos papeles con garabatos que aparentaban ser personas ahorcadas. “¡Brujería! En el nombre del padre del hijo y del espíritu santo” dijo la madre visiblemente trastornada, “No, mamá Su. Es gente que no tiene nada para hacer. No hay que prestarle atención” intentó calmarla, pero sin éxito. La madre fue a buscar al cura de Puerto He-

redia para que bendijera la casa, pero éste se limitó a darle indicaciones. La mujer echó agua bendita en el naranjo, se impuso ayuno y no comer por las noches, complementando el sacrificio con oración fervorosa.

<<Cuando se van se van>> murmuró mientras cruzaba la cocina comedor, el corto pasillo atestado de cruces. Entró en la habitación y vio a la madre disponiendo a los santos sobre una mesita para rezar. El cuarto era iluminado por tres velas de cebo blanco y en la penumbra enero desplegaba toda su furia.

—Coma algo, mamá Su—dijo Guillermo mirando las arrugas, la joroba, el cuerpo que todos han de tener

— . Se va a desvanecer.

— ¡No!—dijo terminante, un tono de voz cansado—Tengo que sacrificarme una semana más. No puedo dejar que los malos espíritus entren a la casa.

Guillermo pensó que siempre fue así, desde que era niño, ella haciendo sacrificios y creyendo en esos sacrificios con la pureza de un niño, sintiendo seguridad y amor en eso que hacía.

—Por lo menos prenda el ventilador—pasó una mano por la frente transpirada—. El calor que hace la va a matar.

—Se van a apagar las velas—la vieja movió las manos, nerviosa, molesta—. Y siempre tuve la sensación de que a la luz de la vela se está más en intimidad con el señor.

<<Pero es cosa de ella. Ella cree que es así, abraza la idea con fidelidad, crea la atmósfera que más le gusta>>.

—Pero después coma algo—imploró Guillermo, trastornado por la sofocación—. Aunque sea un pedazo de pan.

—No no no—movió un dedo. Las gotas de sudor se incrustaban en las arrugas, en

los pómulos hundidos—. Me queda una semana de sacrificio. Y vos deberías tener cuidado de sentarte en ese patio, ahí está la marca del enemigo, ahí te pueden aflo-
rar malos pensamiento como le pasó a ella.

— ¡Tenía que hablar de eso!— gritó Guillermo—No, perdón, mamá Su. Usted re-
ce y yo me voy a verlo a Toribio. Y después por lo menos prenda el ventila-
dor.

Afuera zona La Fonda era un estrépito: parlantes en las veredas soltando diferen-
tes canciones, de manera que todas se unían en un único, incoherente, ruido. Di-
versos grupos reunidos, algunos borra-
chos bailando y levantando el polvo de la calle, generando una bruma turbia que debía ser respirada en la ebullición del su-
dor. Atravesó esa dramatización del olvi-
do con pasos rápidos, nervioso de ser absorbido por la muchedumbre que juga-
ba a no ver, a estar ciegos. <<Yo no ter-
miné la secundaria, es cierto. Pero tengo

mi trabajo de lunes a sábado y un sueldo fijo. Jamás me gustaría toda la plata en alcohol>> se dijo y prendió un cigarrillo, obviando los pensamientos de saberse cansado por laburar nueve horas por día, sin oportunidad de progresar, entendiendo que el aumento de sueldo dependía de las ganas de los gremios y no de su intachable labor; cada vez que veía gente haciendo las compras sentía envidia, ellos comprando y él acomodando para que pudieran comprar, acomodando y a veces siendo regañado por colocar un paquete de fideo en el estante del arroz. Después volver, solo, a una casa de oración fervorosa, esquivando la cama para no tocar siluetas ausentes.

<<Qué macana si Toribio no está>> se dijo golpeando las manos con fuerza, observando el frente repleto de neumáticos viejos, chatarra oxidada y restos de sillas de madera. “¿Quién es?” dijo Toribio, apenas una sombra en el umbral de la puerta. “Guillermo, amigo. Hace tiempo que no nos vemos” dijo y prendió un ci-

garrillo, notó o imaginó que el otro bajaba la cabeza como pensando, recordando. “Ah, Beltrán. Vení, pasá”. El cuerpo de Toribio se dibujó de repente: flaco, moreno, sudado, los ojos pálidos y el cabello grasoso. El comedor tenía una iluminación famélica, sobre una de las paredes había un plano completo de Ciudad Capital, en la mesa una caja de vino tinto y un plato con líneas extensas de Coca. Toribio palmeó afectuosamente la espalda de Guillermo, se agachó y aspiró una línea, aplicó dos golpecitos a su mejilla y bebió un trago extenso de tinto.

— ¿Cómo anda, amigo? — dijo Toribio con una voz ronca, una sonrisa sin dientes.

— Y no me gusta lo que veo — atorado en el calor, el olor a abandono acariciando levemente las paredes sin revocar, el colchón con las sábanas sucias en un rincón — . Pienso que no deberías estar así. Toribio soltó una carcajada seguida de una profunda tos. Le pasó la caja de vino a Guillermo, que no aceptó, después se

puso a dar vueltas como intentando explicar algo sin encontrar las palabras adecuadas, girando las manos a ver si eso las hacía aparecer en el aire.

—Voy a salir adelante—arrancó Toribio golpeando enérgicamente el plano de Ciudad Capital—. Todo está aquí. La otra vez estaba tirado en la cama bastante triste y de pronto lo supe, así debía ser, entonces comencé a planear todo.

Guillermo suspiró, se tocó la remera azul empapada de sudor, una mancha oscura sobresaliendo de las axilas. Prendió un pucho y tuvo la sensación de que el humo se derretía en la densidad del entorno, el calor resguardado a punto de estallar.

— ¿No tenés ventilador?—preguntó y aplastó el cigarrillo porque el filtro le quemaba los labios.

—Lo tuve que vender—dijo Toribio ramiéndose los labios secos—, no tenía plata para comprar y tuve que vender. Pero

tranquilo, yo estoy tranquilo, no pasa nada, dentro de unos meses, calculo tres o cuatro, voy a tener bastante dinero.

Abruptamente se acercó al plano y volvió a golpearlo. << ¿Qué se piensa? La mujer lo abandonó y se fue a Ciudad Capital. A lo mejor cree que va a volver con ella y que ella lo va a mantener>> pensó Guillermo que, fue sorprendido por un ruido de chapas que vino desde la casa vecina; voces de niños, la voz de un adulto regañando a esos niños por golpear las chapas y de pronto golpes y llantos, amenazas exageradas. Tuvo la visión de un hombre gordo, calvo, semblante duro, golpeando día tras día a los chicos que no hacían más que ser chicos.

— ¿Quién vive a la par? — preguntó Guillermo.

Toribio estaba hipnotizado mirando el plano, afirmando para sí mismo con la cabeza, quizás olvidado de que estuviera Guillermo.

— ¡Eh!—gritó Guillermo, el otro lo miró como ausente— ¿Por qué les pegan así a los chicos?

—Y no sé—dijo Toribio—. Ya estoy acostumbrado. Ya ni los escucho.

Un llanto de bebé tronó en las paredes sin revocar, una mujer gritando que mejor se callara o lo iba a tirar por ahí, los otros chicos continuaban gritando por la golpiza y la visión del hombre gordo amenazando con continuar la paliza si no se callaban. <<Deben ser seis o siete viviendo en la misma casa, todos cansados de verse, además de estar sufriendo como todos, el calor de enero. Y siguen llorando, los padres siguen gritando, y ahí van otra vez los golpes>> pensó Guillermo.

Toribio por fin decidió sentarse. Acercó la nariz al plato y aspiró una línea, los golpecitos característicos en las mejillas, el trago extenso de tinto.

—Y vos no sé de qué me estás hablando—dijo Guillermo—. ¿Qué jodés tanto con ese plano?

—Ahí está mi salvación—dijo Toribio golpeando la mesa a puño cerrado—, todo lo que voy a ser, todo lo que va a cambiar, está puesto en ese plano. Dentro de poco tiempo voy a vivir en Ciudad Capital, tengo que juntar la plata suficiente. Voy a comenzar trabajando en una empresa constructora y voy a terminar el secundario en una escuela nocturna. Después voy a estudiar para ser maestro mayor de obras. ¿Y por qué comenzar trabajando en una empresa constructora? Para aprender cómo viene la mano con los empleados, cómo se maneja el asunto de las maquinarias, la parte del papeleo. Yo—se levantó y señaló un punto del plano—cuando consiga el capital suficiente voy a comprar herramientas, máquinas de hormigón, una camioneta vieja, voy a formar mi propia empresa constructora en esta calle, en este sitio baldío voy a tener mi oficina. Por supuesto que primero voy a comen-

zar con trabajitos pequeños hasta darme mi fama, conseguir empleados fieles y obtener más herramientas y más maquinaria. Entonces voy a formar una de las constructoras más prestigiosas de Ciudad Capital. Cuando Inés vea todos mis logros, no le va a quedar otra que volver, y yo no sé si la voy a aceptar de nuevo.

Él, hecho una ruina, arquitecto de su propia destrucción; soñando una vida en la que estaba mejor, estando ahí, donde nadie podía quitarle lo que tenía.

—Che—dijo Guillermo observando primero el colchón sucio, las paredes sin revocar, la mesa, la necesidad de vender el ventilador para comprar unos gramos—, me parece que primero hay que acomodarse. Dejar toda la porquería que te estás metiendo, conseguirte un laburo acá en Puerto Heredia y por sobre todas las cosas dejar que Inés haga su vida sin que a vos te moleste que así sea.

—Nunca te imaginaste que iba a lograr todo eso—dijo como hablando para sí mismo—, jamás siquiera lo soñaste. Siempre fui muy tímido. Recordaras la vez que nuestros viejos nos llevaron a la casa de don Coco y yo tenía unas ganas terribles de mear y no dije nada porque me daba mucha vergüenza interrumpir la conversación y entonces me terminé meando en la silla y cuando mi viejo se enteró me trajo a la casa y me dijo que era un maricón y me pegó una reverenda cagada. Se debe estar revolcando en la tumba ahora que estoy a un paso de lograr lo máximo. Inés ni se debe imaginar mis planes, siempre me dijo que era un vago, que nunca iba a ninguna parte, pero ya va a ver. Como dije estaba acostado en la cama bastante triste y de pronto lo supe, supe todo lo que tenía que hacer. Abrí el plano que Inés compró antes de irse y visualicé las calles, los edificios, busqué los baldíos que más me agradaban y ahí entendí que iba a tener mi oficina y mi casa. Todo está cocinado.

Guillermo se tapó el rostro con ambas manos, resbalosas por la transpiración, perturbado. Pensó que, al igual que su madre, Toribio creía con la pureza de un niño en todos sus planes y en el éxito de llevarlos a cabo.

—Estás formando ruinas—dijo Guillermo—. Pensá en buscarte un laburo acá, en Puerto Heredia, algo simple que te permita seguir viviendo.

—No me queda más que viajar—dijo Toribio entornando los ojos—, no me queda más que viajar y cumplir todo.

Guillermo se levantó de la silla, miró el plano de Ciudad Capital, las ruinas de un sueño despierto. Volvió a escuchar el llanto de bebé, el sonido furioso de las chapas, los gritos de niños, la sensación de que es imposible que seis o siete personas convivan en un espacio tan pequeño.

<<Tengo que salir de aquí, ya>>.

—Me voy—dijo Guillermo extendiendo una mano—. Se me hace tarde y mañana tengo que acompañar a mi mamá a misa.

—Te aviso antes que me vaya—dijo Toribio sin apretarle la mano—, así nos juntamos y nos despedimos.

La calle continuaba repleta de ruidos deformes, las nubes de polvo como único aire en la pésima iluminación. Avanzó despacio, deprimido, fumando pasivamente mientras esquivaba las rondas empañadas de alcohol. <<A la tarde cae el sol, aunque cuando está nublado parece que no cae el sol, pero siempre la luz termina por irse. Llega la noche, así como esta, luna, a veces estrellas. Me dejo estar en esa decadencia, pensando, convenciéndome, tratando de pensar que debo creer en lo que pienso y no tanto en lo que siento; que cuando algo termina lo mejor es aceptar, sin rencores>> se dijo y ya podía ver

la cama matrimonial en su habitación, amenazante, comprada hace tres años y en la que ahora debía acostarse solo, sin dormir, tocando siluetas ausentes.

Calles de acuarela

<<Tenía frío, mucho frío. La luna era un ojo helado en el cielo, el cielo escarchado y cierta fosforescencia extraña. Yo la esperaba, sabiendo que no iba a venir, la esperaba con ansias ficticias, como inventándome una oportunidad que ya no, que ya jamás. Montañas, rumor de río, ladridos y aquí el comienza el problema: ¿Había dos sauces o uno? El paisaje cambia completamente, mis emociones toman otra forma, todo es absolutamente distinto con dos sauces. El problema es que no tengo precisión del sueño, por lo tanto me es imposible saber lo que sentí e incluso dudo del frío y las otras imágenes; con un solo sauce según mis ojos el cielo tiene otro aspecto, ya con dos según mis emo-

ciones la luna dejaría de ser un ojo helado. Carajo, perdí el sueño, lo perdí para siempre>> pensó Joaquín sentado a la mesa en la galería del bar Andreani. Bebió un sorbo de Coca Cola, escuchó el suave rumor de la llovizna que dio un respiro a Puerto Heredia después de semanas de sequía. Prendió un cigarrillo, conforme por estar en el centro de la ciudad, de salir luego de varios días tirado en la cama escuchando el ruido del ventilador, reprochándose culpas lejanas, armando un pueblo de memoria cada vez más brumosa.

<<En el pozo, oscuro, murmullos de ratas y el cuerpo encogido en su inútil precariedad. Así caigo, así me abandono, a un paso de perderme en lo que no conozco. Pero, en una noche inesperada, se sale a comer una napolitana con papas fritas>>.

Una mujer entró en la galería del bar, nerviosa, sentándose velozmente a una de las mesas y con igual rapidez se levantó y ubicó en otra, inestable, tormenta de verano. Miró fijamente a Joaquín Villagra,

mantuvo la mirada pese a que este bajó los ojos con el rostro teñido de rojo. <<Qué carajo mira? Me está incomodando>> pensó y ocultó la vergüenza tras el humo del cigarrillo. Salió de la silla, insegura, a pasos lentos avanzó hasta Joaquín como buscando darle la forma que ella quería.

—Me violaron—dijo la chica en voz baja—. Bueno, en realidad no me violaron, pasa que con el jueguito que quiso hacer mi ex una termina por confundirse. Yo te conozco a vos.

—No no—dijo Joaquín obviando el primer comentario, nervioso por la embestida—, yo nunca salgo. A lo mejor si vas a la facultad me viste por ahí, pero tampoco puede decirse que me conocés, me viste en todo caso.

La chica se sentó, levantó la mano y pidió al mozo una cerveza. Solo entonces fue posible ver en detalle el largo cabello castaño, los ojos oscuros adornados por oje-

ras marcadas, la piel pálida, unos senos pequeños asomándose por la blusa blanca.

—Te conozco de otra parte—dijo y abrió la mochila de cuero, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno—, de la infancia o adolescencia, de la secundaria seguramente.

<<Cómo le digo que crecí en las montañas, en la fría oscuridad de las noches>> pensó acomodándose en la silla, presintiendo que quizás él era en ese momento lo que ella necesitaba ver. Nerviosa, sacudiendo constantemente la ceniza del cigarrillo en el cenicero, bebiendo de a sorbos cortos la cerveza y relamiéndose los labios con fatiga. Podían verse los errores de la noche en sus ojos oscuros, sin brillo, la necesidad potente de encontrar aliados en un pasado siempre idealizado ya sea para bien o para mal.

—¿Cómo te llamás?—dijo la chica.

—Joaquín—dijo Villagra—. Pero dudo mucho conocerte, a lo mejor alguna casualidad nos chocó por ahí.

—¡Casualidad!—soltó una risa sin ganas, forzando a que los labios se abrieran en la boca pequeña—Qué lindo pretexto para no reconocer que nada extraordinario nos acontece. Ya sé de dónde te conozco, de la secundaria, pero solo tengo el recuerdo de haberte visto una vez. Yo estaba muy mal esa mañana, creo que terminé con uno de mis novios y estaba a punto de llorar y te acercaste. Charlamos del tema, me compraste un sanguchito de jamón y queso, fuiste muy tierno.

<<Ella no lo sabe, pero yo crecí en el pueblo Los Pinos. Allá, donde se ve la cara de la tristeza en el atardecer, se siente la amenaza de la noche en el viento fresco y la luna lejana>> encendió un cigarrillo con lentitud, deseoso por decirle que tal vez ella era la mujer que esperaba en el sueño impreciso, borroso.

—¿Tu nombre?—preguntó Joaquín—No lo recuerdo.

—Delfina.

<<No, el nombre comenzaba con I. Pero yo puedo darle su forma, su imagen, escribirla como quien arma un rompecabezas y va atando anhelos con fracasos, insomnios y cigarrillos, así hasta encontrar el cuadro que se adapte a mi desazón>>.

—¿Dónde estás viviendo?—dijo Delfina inclinando el vaso para servirse cerveza—Recuerdo que ese día que me ayudaste en la secundaria te seguí hasta la calle Libertador, ahí vi que entrabas en una casa de dos pisos. Pensé en buscarte muchas veces, pero nunca lo hice.

—Me mudé—dijo Joaquín ya entregado a las ilusiones de Delfina—. Ahora vivo en Defensores 241.

Delfina encendió un cigarrillo, sacó de la mochila de cuero un celular y lo revisó, suspiró molesta. <<Soy fácil, che. Qué rápido me entrego a ilusiones ajenas, irrupciones que hacen para lidiar con su propio aburrimiento. Y qué es mi entrega sino también una forma de luchar contra mi propio hastío y pereza, a veces la sensación de estar a un paso de perderme en lo que no conozco>> pensó y la vio mirar hacia el interior de la galería, entornando los ojos en el humo del cigarrillo, mascando alguna rabia reprimida.

—Es mi novio, mi ex en realidad— dijo y bebió un sorbo extenso—. Hace unas horas terminé con él, no te das una idea las cosas que me hizo hacer, que yo permití por complacerlo, yo dejando que mi cuerpo fuera un pozo de fantasías ajenas. Hoy él quería jugar a que yo era abusada, es decir, que él era mi abusador. Por supuesto que me negué, no me parece chistoso jugar a eso, a que algunas personas son utilizadas por otras que se dejan llevar por el deseo primitivo del cuerpo sin dar-

le al acto un significado, en cualquier caso le dan al acto un significado macabro. Se enojó mucho cuando lo dije, que lo trato de bruto, de gorila, que no lo amo ni un poquito. Al final, débil como soy, terminé accediendo. La cosa es que yo tenía que venir caminando por calle Defensores mientras él me seguía a dos cuadras de distancia, luego debía doblar en calle Carrasco y detenerme en el murallón de los López para abrir la mochila de cuero; en eso llegaba y me tapaba la boca al tiempo que me insultaba y levantaba la pollera, lo demás ya se sabe. Y eso pasó. Cuando terminamos le pegué un par de cachetadas, le dije que yo no era la ficción de nadie, que se buscara otra dispuesta a representar papeles. Si hasta una vez me hizo entrar en la facultad de noche para fantasear que yo era una profesora y que él se acostaba con una docente. Qué reverendo hijo de puta.

Se tocó el pelo largo, bostezó sin taparse la boca y fue posible ver la dentadura perfecta. Bebió la cerveza ya tibia, olvidada

por la historia que acababa de contar. Joaquín encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo hacia las vigas del techo, después se dejó tocar por la brisa fresca que venía de la calle, de los naranjos empapados. <<Así es, la mitad de enero tirado en la cama, no acostado sino tirado; la mirada lastimada en la oscuridad hermética de la habitación, acalorado y sin que me importara siquiera un poco el olor a sudor y cebolla de las axilas. Sin duda alguna estaba a un paso de perderme en lo que no conozco>>.

—A mí la vida me importa poco—dijo Joaquín—. De ahí que a veces acaricio la dicha, mayoritariamente la tristeza; pero política, economía, cuestiones sociales, no me interesan. Quizás mi sentido se basa en el no estar muerto, y nada más. Sin embargo, debo decir que admiro a la gente que juega apasionadamente a vivir, sin pensar demasiado, es sencillamente admirable.

Delfina encendió un cigarrillo, sin prestar atención a las palabras de Joaquín, soltando el humo en línea recta, entabacando la cara del otro a propósito, como si quisiera burlarse del rostro recientemente afeitado y limpio. Se miró las diez uñas de la mano pintadas de violeta en alguna siesta lejana, de sol aburrido.

—Sabés que yo tenía una muñeca—realizó un dibujo en el aire—, no me acuerdo como era, la tuve hasta los trece años. Esa muñeca, ya sin nombre, tenía la particularidad de ser mi mejor amiga, durante años fue mi única amiga. Hablaba con ella, ella me hablaba con una voz aflautada, suave, de siempre va a estar todo bien; le tocaba el pecho y podía sentir el latido de su corazón, la mirada dulce de sus ojos. No me interesaba jugar, hablar, con otras chicas, solo que quería estar en su compañía, en mi cuarto y lejos de todo, nada más. Pero un día dejó de hablar, y su corazón no latía, y les avisé a mis viejos que me dijeron que los privilegios de la niñez algún día terminan. ¿Por qué solo

los niños pueden tener el privilegio de una muñeca viva? ¿Qué culpa tenía ella de que yo creciera, era necesario que muriera? Lo viví como un duelo, semanas llorando y sin comer, yendo de un médico a otro. Me dejó una amargura de la que todavía no me puedo recuperar. Por eso esto es tan difícil, esa pérdida decepcionó a mi mirada para siempre. Plástico ¡No era más que un pedazo de plástico!

Terminó por apasionarse y golpeó reiteradas veces, a puño cerrado, la mesa de madera. El mozo miró reprobatoriamente desde el interior del bar.

—Tranquila, che—dijo Joaquín y le tocó las manos pequeñas, tibias—. Nos van a correr.

—Vamos—dijo Delfina negando con la cabeza, exasperada, cansada—. Tengo el auto afuera, vamos.

—Bueno, vamos. Yo pago, tranquila.

El cielo tenía un tinte anaranjado, la llovizna se detuvo y Puerto Heredia estaba lavada, libre de todo polvo hasta que volvieran los cuarenta grados de sol furioso. <<Es un poco el sentido de esta ciudad, que no pase nada y seamos nosotros mismos quienes tengamos que inventar. ¿No será así en todas partes?>> pensó mientras subía al 207. Ni bien arrancó, el estéreo se encendió, en un volumen excesivo sonó The Cure, Underneath the stars. “Dormir, dormir para siempre, para siempre dormir” dijo Delfina disminuyendo el volumen. Bajaron por Damontes Esquivel hasta internarse en avenida Del Valle, lentos, despacio. <<Lo único que falta es que termine por chiflarse e impacte el auto contra un poste de luz>> se dijo Joaquín que ya la imaginaba en la cama, en su casa o en una habitación alquilada, todo el cuerpo blanco, recorriendo cada parte con exagerada ternura y ella mordidiéndole los labios cada vez que fuera posible, dejando marcas en el cuello, algo que justificara el momento. El auto se detuvo frente a la casa de Joaquín.

La miró fijo.

— ¿Vivís acá?

— Sí, esta es mi casa.

— Bueno — lo besó en la mejilla —. Gracias por escucharme. Llevo días sin dormir y quiero ver si ahora es posible.

Observó al auto perderse en las calles de acuarela, lejos, olvidado en la llovizna que se reanudaba. Ingresó en el comedor y puso a calentar agua para cebar unos amargos, sabiendo que la madrugada justificaba emociones explosivas. <<Y ya mañana su rostro va a perderse, una mancha en mi memoria. Un nombre que no es el de ella, resuena y resuena. Una mujer me sonrío, pero no es ella; es la visión que tengo de ella>>.

Se terminó de imprimir en mayo de 2020
en el taller de
Ediciones Frenéticos Danzantes